

Prólogo

*Para María Granados: imprescindible
en este libro*

El vasto movimiento literario llamado “Edad de Oro Liberal (1898-1936)” por Juan Marichal o “La Edad de Plata (1902-1939)” por José-Carlos Mainer, entre otras denominaciones, aporta a la vida literaria y cultural española figuras que se inscriben en todos los géneros con un nivel extraordinario de excelencia: Valle-Inclán, Pío Baroja, Azorín, Antonio Machado, Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez, Ortega, Jorge Guillén, García Lorca, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, por citar una breve nómina, a la que habría que añadir autores entre la literatura y la política como Manuel Azaña, o cultivadores de todos los géneros y artes (alguno tan original en España como la papiroflexia). Tal es el caso del genial e inclasificable Miguel de Unamuno.

Ese primer tercio de siglo lo es también de autores que destacan en otras artes, aunque generalmente tienen un estrecho contacto con la literatura y son (y no solo ocasionalmente) importantes creadores literarios como Ramón y Cajal, Picasso, Dalí o Buñuel. Aquel potente movimiento literario y cultural en el que hay que incluir el teatro por los pueblos (“La Barraca”, de Lorca), las Misiones Pedagógicas, las universidades y las bibliotecas populares, las revistas y periódicos de todas las tendencias, fue segado violentamente en 1936, y dispersado o aniquilado en 1939. Todos los proyectos literarios y científicos fueron anulados. Se intentó con éxito reconstruir en América y en Europa lo perdido aquí al tiempo que experimentaban y conocían allá nuevos métodos. De esta manera, Juan Marichal puede decir que “el exilio español fue una fortuna”, si se tienen en cuenta los nuevos aprendizajes con excelentes resultados. Pero Salinas, por ejemplo, que enseguida adoptó la crítica anglosajona, añoraba no poder oír las conversaciones en los tranvías madrileños. No es un ejemplo baladí. Supone una pequeña muestra de una mutilación importantísima, que solo los exiliados podían sentir y formular. Es Salinas quien al despedirse de Santander para tomar el barco que lo llevaría a Estados Unidos dice: “Lo que ahora vemos no será nunca más, porque, sean quienes sean los vencedores esta España habrá desaparecido”. Al mismo tiempo, América se beneficia

de la capacidad intelectual y artística de los que llegan, y de las obras que van desarrollando los que salen con una buena producción pero que hacen en el otro lado su obra fundamental. Están también los que llevaron su obra a la otra orilla sin que se pudiera ver o leer aquí. Y por último, los proscritos. Lorca podría ser ejemplo: había dejado su último drama *La casa de Bernarda Alba* terminado pero sin estrenar. Se lleva a la escena en Buenos Aires en 1945. En España tiene que esperar hasta 1964.

No fue un todo homogéneo el primer tercio del siglo xx. Todo lo contrario. Veremos en los textos y documentos recopilados en cada tema qué opinaban los propios autores acerca de lo que hacían ellos mismos y los demás y de esta manera nos ayudarán a entender los problemas teóricos, alguno vigente todavía como el deslinde entre modernismo y 98. La diversidad de las opiniones llega a veces a la confrontación. Guillermo de Torre –maestro e historiador de la vanguardia– advertía severamente: “Vanguardismo equivale a extremismo y antiburguesismo. Pero no, en modo alguno –¡cuidado!–, a filiación sectaria o unilateral. Debemos ser supremamente respetuosos con la inteligencia”.

El periodo que comprende este libro tiene amplia relevancia en el conjunto de la vida española. Jamás se había reflexionado tanto sobre el problema español, aportando una serie de fórmulas y proyectos para sacar a España del marasmo en el que se encontraba a finales del siglo xix. Nunca un grupo de investigadores y profesores se había dedicado con tanta eficacia como escasos medios a situar a su país entre los más avanzados de Europa culturalmente. Su ejemplo y su magisterio sorprenden todavía. Si la Guerra Civil (1936-1939) supuso un tajo brutal para el espléndido movimiento literario cultural que había conocido el primer tercio del siglo xx, paradójicamente lo nuevo que surge a partir de 1939 hincó en buena medida sus raíces en el periodo que ahora repasamos. Y no solo en lo referente a los autores que salen para el exilio (“España peregrina”) que siguieron escribiendo y enseñando en América, sobre todo, sino en los que se quedaron en España (“exilio interior”) y en los que surgieron después. Citaré dos casos concretos: Cela admiró sin límites a Baroja y Gimferrer hace lo propio con Lorca y Aleixandre. ¿Cómo no reconocer la vigencia de Ortega? Su *Revista de Occidente* resurgió de las cenizas. Los casos se podrían multiplicar.

El alto nivel literario, científico y cultural de España en 1936 no fue logro exclusivo del breve periodo republicano por más que en esos años se desarrollara una política educativa muy fecunda. Arranca con la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Estudiantes. Sus avances los veremos en el tema 1. Conviene recordar ahora que por primera vez se formulan unos principios educativos basados en el laicismo, la tolerancia, el respeto mutuo, la igualdad entre el hombre y la mujer, los derechos de los niños, el amor a la naturaleza. Los intercambios culturales, las visitas a los centros culturales europeos; las becas de la Junta para la Ampliación de Estudios abren por fin España a Europa. Lo europeo no solo es un objetivo sino la plasmación de una nueva realidad. Re-

sulta curioso que la última gran empresa editorial de Ortega se llame *Revista de Occidente*.

Con menos fortuna surgieron los regeneracionistas, tal vez porque sus objetivos fueron más ambiciosos y llegaban a plantear cuestiones tan graves como la reforma agraria. Aunque con una base común krausista, los institucionistas nacieron con una decidida inclinación universitaria de carácter privado y los regeneracionistas vuelcan sus esfuerzos en un amplio plan de regeneración que termina replegándose a lo fundamental: *escuela y despensa*. La gran reforma y creación de escuelas tuvo que esperar hasta la Segunda República para multiplicar sus centros en un programa hasta entonces desconocido.

Casi todas las obras entre 1900 y 1939 suenan a regeneración, educación y modernidad. Para Antonio Machado son clave los principios de la Institución y lo manifiesta en su poema a Giner, en *Campos de Castilla* y en la formación que vertebra sus ensayos. Pero podría parecer que los mismos no fueran tan familiares a Juan Ramón Jiménez. No fue así. Su *Platero y yo* ha sido clasificado como un libro krausista. Lorca, célebre residente, se explayaba siempre en su concepto del teatro como escuela pública, abierta en la plaza del pueblo.

Me referí al comienzo a dos ilustres estudiosos de la materia que abarca este libro. Podría remitir sencillamente a ambos, recomendarlos y despedirme, no sin antes añadir la cita del impagable volumen VI de *Historia y crítica de la Literatura española*, que Francisco Rico puso al cuidado de José-Carlos Mainer y la fascinante *Modernidad y nacionalismo (1900-1939)*, también de Mainer.

Mi aportación es diferente. He intentado mostrar la relación entre lo que se propone en cada tema, los autores (tanto los que fueron actores directos, como Azorín en el 98, como los especialistas de la materia) y los textos resultantes. Cada tema lleva una sección de textos y documentos con muestras de creación y teóricas o históricas. En los casos imprescindibles se acompañan con notas explicativas o identificativas. Doy también textos sobre el ambiente de época. ¿Qué mejor que la crónica de Rubén Darío para darnos gráficamente la situación de Madrid en 1899? Si se trata de reformas educativas en la enseñanza superior, la que enunció Costa en 1916 parece que se redactó ayer y lo mismo pasa con el texto de Machado sobre el particular. Si queremos ver buena parte del programa de Giner de los Ríos, está en el “Elogio” de Machado. Del español de América, leamos a Martí. Me parece que del tema que nunca acaba (modernismo y 98), Unamuno, Azorín, Juan Ramón Jiménez, Salinas, Cernuda, Shaw emiten juicios clave.

Las reproducciones de opiniones referentes a una cuestión determinada pueden explicarla y fijarla bien, especialmente si las diferencias son complementarias y se responden unas a otras. Pero también en los casos –veamos los dos textos de Salinas sobre el 98, escritos con tres años de diferencia– en los que el mismo autor matiza sus planteamientos. A veces, juntar unas obras de un

mismo año y dar de ellas unos fragmentos resulta ejemplar en el sentido de que se puede ver sin duda alguna las distintas corrientes. Por eso junté cinco autores y cinco obras del annus mirabilis de 1902: *Sonata de Otoño*, *La voluntad*, *Camino de perfección*, *Alma* y *Rimas*.

En las secciones de textos y documentos he procurado compaginar no solo las opiniones con los textos de creación sino juicios extranjeros. Si notamos el entronque europeo de Unamuno y simultáneamente su radical modernidad, a la hora de afrontar las vanguardias parece conveniente traer a colación a Marinetti y su proclama a los futuristas españoles. Pretendo así mostrar el europeísmo español del periodo que abarcamos. La inclusión de Azaña como literato –cosa que pretendió siempre– viene justificada por el alto nivel de su prosa. No ha sido fácil dar las muestras de las distintas formas de creación del inmenso Juan Ramón Jiménez. Ya se encargó él mismo de hacer una selección tan exigente que es difícil dejar fuera algo.

Tampoco lo ha sido el muestrario del 27. Un poeta tan hondo como Guillén no ha dado dificultades. En el variado proceso de selección (partiendo de antologías propias y ajenas, españolas y extranjeras, juicios y valoraciones de toda clase, incluidas mis propias encuestas), Guillén no se ha mostrado rebelde. Casi todo lo esencial de su *Cántico* está en la edición de 1936. Aleixandre tampoco fue difícil porque dio en 1976 su edición insuperable de *Mis poemas mejores*. Lorca y lo que podríamos llamar “las corrientes paralelas” de su obra –no solo poética– no facilita la labor. De Cernuda queda fuera su producción americana aunque tomé alguna muestra de su obra escrita en Inglaterra.

Otros autores dan más problemas, o se los dan a ellos. Es el caso de Baroja y sus “descuidos”. Para desterrar semejante juicio doy los dos “Elogios”, contenidos en *Paradox, rey*, al tiempo que podemos ver su admirable creación de ambiente (*La ciudad de la niebla*) y su maestría en la conversación y en la descripción. No podía estar ausente aquí Ortega y sus juicios sobre el novelista vasco, a quien consideraba tan bien dotado que lo quería hacer a su imagen. Después de leer que Baroja no logra ninguna novela, es difícil comprender cómo lo convirtió en el eje de su ensayo sobre la novela, cómo es el novelista al que más páginas dedica después de Cervantes. Para Sender me pareció mejor extraer todos los fragmentos de *Mister Witt en el Cantón*, su obra cumbre de la etapa republicana.

He intentado que los textos y documentos de cada tema muestren otra particularidad. Vayamos al teatro. Los dos gigantes del segmento 1900-1936 se percataron de que había algo originario y vivo pero oculto para el teatro burgués. Valle-Inclán y Lorca escarban en los orígenes: esos pueblos, esas tradiciones en las que estaba la vieja esencia, muchas veces oral. Sus personajes platican con total naturalidad de lo que les pasa, pero de vez en cuando el director o ellos mismos muestran sus gustos en los que hay una admiración común y permanente: Shakespeare. Incluso no se les escapa cómo va la propia represen-

tación. La escena cobra dimensión actual, basada la misma en la congoja de la representación de la vida. Y todo aderezado con comentarios de los personajes sobre otros literatos a los que meten en escena y hablan con los inventados. Aquí se podría remitir a la escena donde conversan el mítico personaje de ficción Marqués de Bradomín con Rubén Darío, cuando se da sepultura a Max Estrella, protagonista de *Luces de bohemia*, pero que no es otro que el malogrado modernista Alejandro Sawa. En otro asunto (la definición del esperpento), creí que reproducir la opinión de Valle-Inclán sobre el mismo nos puede ayudar, no solo dando su célebre entrevista (*Hablando con Valle-Inclán*) sino especificando en una nota las tres visiones o perspectivas de ver el mundo expuestas en *Los cuernos de don Friolera*: “de rodillas, en pie o levantado en el aire”. De los dos dramaturgos fundamentales, procuro dar ejemplos que muestren su evolución. Con Valle-Inclán, tienen ejemplos de su ciclo mítico y de los esperpentos, sobre todo. En el caso de Lorca, la selección va del modernismo a su último drama. He considerado que dar fragmentos donde se ve el parentesco de *Divinas palabras* y *Yerma* ayuda a ver claramente lo que el granadino debía a Valle-Inclán, deuda que comprobamos al comparar los textos extraídos de *Los cuernos de don Friolera* y el *Retablillo de don Cristóbal*. La elección de varios fragmentos viene decidida por indicación del propio autor, como el diálogo de la Luna y la Mendiga de *Bodas de sangre*, el cuadro que Lorca prefería de esta tragedia.

La bibliografía que acompaña a los temas es sucinta y doy solo algunas de las obras que he nombrado con cierta reiteración en cada uno. Esta se complementa con la de los textos y documentos que cada tema lleva consigo. En este caso encontrarán la referencia bibliográfica y las notas necesarias que faciliten la comprensión de las relaciones de los textos entre sí, no solo en el mismo tema sino con otros y con los enunciados teóricos pero asimismo redacto breves notas sobre algún problema particular ya sea de recepción, de censura o de avatares excepcionales. En el índice figura el año de la primera edición o del estreno si se trata de teatro y en la nota al pie del texto, la edición utilizada, que a veces coincide con la anterior.

Este libro recoge los textos esenciales de aquel tiempo que hoy seguimos sintiendo tan vivo. Las razones de esto último se siguen escapando. La modernidad de sus obras nos sorprende todavía. Quizá se deba a que desterraron lo hueco, a que inventaron el lenguaje preciso. A que estuvieron muy atentos a los problemas de su pueblo, en un momento en que España vivió el periodo más brillante y más horrible de su historia.